

Serie cuentos cortos

Sara Uribe Hincapié-comunicación audiovisual

Esta serie de cuentos tiene lugar en las montañas, espacio en donde transcurren, a veces para mí, historias más interesantes que en la propia ciudad. La temática surge por el interés de Abordar lo íntimo como algo que no habita solamente en las relaciones de pareja, sino también en el compartir cotidiano con otros seres que nos rodean, ya sea en momentos de diálogo, de contacto físico o simplemente de contemplación en este tipo de lugares.

Título: saudade

La abuela Mary y yo solíamos recostarnos bajo un guayacán amarillo al caer la tarde, era nuestro lugar secreto, quedaba al lado de una quebrada en donde nos bañábamos cuando no había agua. Allí le contaba sobre mis amores, desamores, miedos y sueños, como si de una amiga se tratase, y mientras tanto me aconsejaba y trenzaba mi salvaje cabellera.

Adoraba la sensación de seguridad de sus abrazos, y las cosquillas que me hacían los pelitos de sus mejillas en mis labios cuando le daba besos. Años después, el guayacán se fue de mis atardeceres y Mary también.

Título: conexión a distancia

Yo amo a Nicolas con un amor animal, adoro su aroma impregnado en mí, las cosquillas que hacen sus bigotes de maíz en mi nariz cuando le doy besos y la vibración de sus ronroneos en mi barriga dándome calor en la montaña.

En las vacaciones estuvimos en la finca de una amiga, pero no quería regresarse conmigo, supongo que se amañó con el clima tenso, pero fue que la adoptó a ella en poco tiempo. Nunca pensé que Nicolás se apegaría a un hogar y a otra persona diferente a mí.

Imagino que el amor es también lejanía...

Título: Mango

Mi corazón no paraba de saltar, parecía que me hablaba en medio del silencio y me decía: de acá sos, este es tu hogar. Mientras ese cuerpo curvilíneo se alzaba frente a mí de manera amenazante, mis pasos se escabullían en la nieve, y lo único que sonaba era el broche metálico del bolso chocando contra el termo y el viento susurrándome secretos al oído. A medida que ascendía, mis pensamientos se volvían más nítidos, sumergiéndome en un estado de introspección, en el que no había espacio para máscaras, sólo podía ser yo misma en toda mi vulnerabilidad, sintiéndome insignificante, pero a la vez, parte de una poesía llamada "Poleka Kasue" o "princesa de las nieves" en español. Aquella doncella despertaba al sol, y éste en sintonía se posaba entre los frailejones pintando el panorama dorado, pero en ese instante ya el astro bostezaba y se preparaba para dormir, por el contrario, la luna se vestía de vainilla para hacer un show en cianotipia lleno de estrellas fulgurantes.

Luego de haber atravesado varios kilómetros continué en la espesura, y mis pulmones seguían el paso de las botas en cada respiración, el aire inflaba mi pecho, y mi nariz chata estaba pálida por fuera y congelada por dentro. No fue fácil, anocheció rápido y la montaña me estaba consumiendo, como si yo fuera un helado y me comiera a mordiscos. Mi cuerpo se hallaba lánguido, mucho más que en otros paisajes que en un pasado no muy lejano había pisado, no creí que fuera tan extenuante dejar que grandes rocas cubiertas de nieve me rodearan, lo sentí intimidante.

Llegando al sitio donde pasaría la noche, me envolvió repentinamente un hormigueo en la pantorrilla, no sé si era porque ya parecía un copo de nieve y los músculos de mi pierna saltaban para mantenerse calientes, o si era un tic de emoción al saber que ya casi llegaría al lugar para cocinar algo y armar la carpa. Sin embargo, me percaté de que no fue ninguna de las dos posibilidades imaginadas, y que mi pierna izquierda se iba paralizando de a poco hasta quedar inmóvil, y la derecha sostenía todo el peso de mi cuerpo y no resistí, en consecuencia, resbalé, rodé y me convertí en bola de nieve.

Después de pasar minutos, que en realidad fueron horas soñando en negro, el sol se posó en mi rostro e hizo agua la nieve que me cubría, pero no me bastó de su abrazo para reconciliarme con el suceso. La doncella me había lastimado y solo se me ocurría echarle la culpa parándome frente a ella y gritándole lo más alto que podía. Luego lloré y mis ojos eran una laguna como las del páramo. En cuanto limpié mis lágrimas vi una figura negra y peluda a pocos metros detrás de un frailejón, los dos nos miramos, no tuve miedo y creo que ese ser tampoco, fue conexión instantánea. Era un oso de anteojos que decidí llamar mango, él me miraba y yo contemplaba sus ojos almendrados, enseguida, se acercó más, se acomodó al frente mío en el pasto escarchado, y rodó hacia mi dirección un fruto que con gusto comí.

Después de pasar un rato juntos me llevó hacia una zona más elevada, en donde la emoción al ver el espectáculo de colores bañado en nubes era inefable. Sonreí después de llorar, la laguna se mostró cuando se corrió la niebla, volví a vivir y antes de irme le dije a mango: tupananchiskama.